

**C A P Í T U L O   I I I**

---

**En que se dice el lugar a donde fueron a parar los cuerpos  
de D. Quijote y Sancho.**

No se habían sosegado los ánimos por lo ocurrido en el cementerio, cuando vino a inquietarlos más la nueva de que Sancho había tomado las de villadiego aquella misma noche, y que su mujer Teresa andaba de casa en casa, buscándolo por todas partes, con la pena y angustia que deben imaginarse. La infeliz mujer echaba a todos el cuento de la salida de Sancho a deshoras de la noche, sin decirle con quién ni para dónde iba con tanta precipitación, ni despedirse de ella y sus hijos; pero lo que la pobre mujer no pudo saber con tanto ahínco, ahora lo sabrá el lector sin mayor esfuerzo.

Las diez de la noche serían, cuando llamaron con repetidos golpes en la casa de Sancho, quien creyó de las primeras que iban a avisarle que su amo D. Quijote había resucitado, y se confirmó más en ello cuando al asomarse con todas las precauciones del caso, distinguió entre las sombras de la noche la figura del desconocido del cementerio, el cual lo saludó con mucha cortesanía, diciéndole en voz baja, para que dentro no lo oyesen.

—Amigo Sancho, ¿podríais imaginaros qué hace a estas horas vuestro amo D. Quijote?

—Pues qué ha de hacer, sino mantenerse tieso que tieso en el fondo del ataúd, salvo que haya resultado cierto lo que vos sospechabais de que estuviese privado del sentido y no muerto.

—Tan cierto y feliz ha sido el resultado, que ya D. Quijote está no solamente en pie sino caballero en Rocinante, y en camino de la postrera y jamás soñada aventura de las muchas que ilustran su historia.

—¡Por Cristo nuestro Señor! —exclamó Sancho, haciendo la señal de la cruz— ¿y cómo tan débil y aniquilado ha podido salir de viaje, sin que se lo impidan la sobrina, el cura y sus amigos? No diré que mentís, señor desconocido, sino que queréis divertirlos con mi credulidad, y vengaros de la respuesta que os di en el cementerio.

—Ni lo uno ni lo otro, Sancho, y en vuestro interés está dar crédito o no a lo que os digo, y obedecer o no las órdenes de vuestro amo, de quien soy emisario para deciros que lo sigáis ahora mismo, sin previo aviso ni consulta de nadie, no sea que por miedo o torpeza de vuestra parte venga a quedar frustrada a los principios la mayor empresa de su vida, como él la califica desde ahora. Y para que no creáis que es mero ruido de palabras ni vana quimera la importancia de la aventura que acomete, ni la riqueza y honra que de ella espera, os adelanta esta bolsa de dinero, como señal anticipada del cuantioso premio que os cabrá en parte por vuestros servicios.

A la luz de una linterna que el desconocido llevaba debajo de la capa. Sancho quedó deslumbrado a la vista del oro que contenía la bolsa, y como no hay cerradura si es de oro la ganzúa, se dispararon por encanto sus temores y se sometió a la voluntad del desconocido, quien le ordenó que al instante lo siguiese para dar alcance a D. Quijote, y continuar todos por el camino que llevaba, tal así como estaba, sin detenerse en aderezar el pollino ni las alforjas, porque de todo iban pertrechados y abastecidos.

Quiso Sancho, por un movimiento instintivo, entrar a despedirse de los suyos, pero no se lo consintió el emisario, sino que prontamente lo obligó a alejarse hasta las afueras del lugar, donde hallaron un criado con dos mulas ensilladas, en que montaron el desconocido en una, y Sancho y el criado en la otra.

A poco andar, el joven dio orden al criado para que sacase de las alforjas dos botas de vino añejo, una de las cuales mandó dar a Sancho, para que la llevase consigo y la catase a su antojo cuantas veces quisiese, y de la otra bebió él y la pasó en seguida al criado para que hiciese lo mismo. Sancho, que a pesar de los dineros recibidos y la fortuna prometida, no iba muy tranquilo en sus adentros, por el misterio con que se desenvolvía aquella aventura, empezando por la resurrección de D. Quijote, cobró ánimo con el pri-

mer saludo que hizo a la bota, tan largo y concienzudo, que el desconocido no pudo menos que decirle jocosamente:

—Una de dos, Sancho, o tenéis muy estrecho el tragadero, o el pico de la bota debe de estar obstruido.

—A deciros verdad, señor mío, ambos conductos están amplios y expeditos, y por ellos ha corrido lo necesario para aplacar la sed que traía y celebrar la fausta noticia de que mi amo está vivo y en ejercicio otra vez de su empecinada carrera con buen viento y mejores halagos, porque ya es justo que tope comodidades y tesoros en vez de tantas hambres y palos como ha padecido, no sólo en su pellejo sino en el de este su fiel escudero, que no hay para qué recordar de mi parte, después de saldadas las cuentas con mano larga, como lo ha hecho, por lo pasado y lo futuro.

—Cuanto a comodidades, no sé qué deciros, Sancho, de las que os guarde el tiempo, ahora, cuanto a tesoros, son inmensos los que guarda la tierra a donde pasará D. Quijote a ejercitar su sabiduría y preclaro ingenio, tan inmensos que hay trojes de perlas finas como aquí de trigo, y el oro es tan abundante que hasta las herraduras de los caballos se trabajan del precioso metal; y cualquier pelagatos come y bebe en vajillas de oro o plata, como cosa usual y corriente, de donde le ha venido a aquella tierra, que es la más nueva y rara del mundo, el nombre propísimo de El Dorado.

—Quien pregunta no yerra, y a Roma va; así, quiero que me digáis si dista mucho esa maravillosa tierra de estos lugares, y cuál es el camino y entrada de ella, porque yo, que conozco bien a mi amo y señor D. Quijote, y lo olvidadizo que es en negocios que no sean de su honor y fama de caballero andante, barrunto desde ahora que habrá de entretenerse solamente en oír cuentos de dueñas doloridas, desfacer agravios y matar gigantes, sin parar mientes en cosas de mayor sustento; y por ello quisiera yo ir apercebido con una buena partida de mulas, en qué cargar y traer el oro y las perlas que hallemos a la mano.

—Muy plausible es vuestra previsión, y me duele no poderos informar menudamente sobre los rumbos y calidades de la consabida tierra, porque su misma riqueza tiene cegados a los que han ido a explotarla; y en materia de papeles no vienen de allá sino pleitos y enredos, en vez de mapas y geo-

grafías, por ser más fácil y ventajoso imitar a los Crasos y Pompeyos que a los Plinios y Marcopolos. De suerte que en estos reinos sólo sabemos que es tierra de mucho oro y de gente salvaje, que pelea con flechas y se adorna de plumas, por lo cual yo os aconsejo, Sancho, que a más de la prevención de las mulas, que es muy racional, deberíais también preveniros de baúles enchapados de hierro con buenas cerraduras, porque como aquellas gentes andan desnudas y no tienen ropas ni menesteres qué guardar, claro es que no usan baúles, y os veríais en calzas prietas para poner en seguro y trasportar el oro y las perlas.

—Pues no echo en saco roto lo que me decís, y tal haré al paso por la primera villa o ciudad donde lleguemos, desde la cual me parece bien que escriba a mi mujer una carta, previniéndola de la caudalosa dote que puede llevar mi hija Marisancha, no sea que por ignorancia de lo que sucede caiga en la simpleza de consentir que cualquier mozalbete se le arrime con palabras de matrimonio, porque tiempo vendrá en que yo mismo elija mi yerno, guardando las conveniencias de principalía y nobleza que con buena dote se alcanzan.

Diciendo esto, Sancho vació la bota, y entró en un estado de quietud y silencio, que en breve pasó al de profundo sueño, lo que al parecer no sorprendió en lo más mínimo al joven emisario ni al criado que iba en las ancas de la mula sobre la cual cabalgaba Sancho. Apuraron el paso de las bestias cuanto podía permitirlo la oscuridad de la noche, y pronto dieron alcance a D. Quijote, que iba sobre Rocinante, lo mismo que lo vimos salir del cementerio, pero en vez de los penitentes y los cirios, iban con él dos robustos mozos, caballeros en sendas mulas y armados de palos, que por uno y otro lado caían sobre las ancas de Rocinante. A decir verdad, éste trotaba con algún aliento, debido al socorro de pastos y descanso de silla que tuvo en la heredad de D. Quijote.

No se dice en el apéndice el tiempo que invirtieron en el viaje, ni si les pasó otra cosa digna de relato, hasta llegar al fin y remate de la jornada, que fue la misteriosa cueva del gran Montesinos, donde se apearon al punto el desconocido y los criados que le servían; sacaron una soga que llevaban prevenida, y con ella descolgaron primero a D. Quijote, que aún estaba privado del sentido, dejándole bajar poco a poco, para que no cayese de golpe, hasta

dar con él no se sabe si en el tercero, quinto o sétimo pozo de la profundísima cueva. Luego practicaron la misma cosa con Sancho, quien por lo más redondo y pesado, descendió con mayor ligereza.

—¡Bendito sea Alá por tres veces! —dijo entonces con gran satisfacción el gallardo doncel— porque cumplidos están los secretos designios del sabio encantador Merlín, comunicados a mi padre Cide Hamete Benengeli, de que reposéis y durmáis en esta oculta morada, oh, ilustre manchego, acompañado de vuestro adicto escudero, hasta que suene la hora de vuestro reaparecimiento en el mundo, para continuar en el otro hemisferio la obra iniciada en éste, cambiadas las armas y la divisa, en provecho y gloria de aquellas nuevas naciones, que verán comparecer ante ellas al Caballero andante de la Triste Figura transfigurado en el Caballero cosmopolita de la Libertad y del Progreso.

Aquí iba el garboso joven en su final apóstrofe a D. Quijote, cuando lo interrumpió un fuerte y prolongado relincho de Rocinante, que hizo decir a uno de los criados:

—También el rocín le endilga al amo su postrer adiós. Lástima que su merced no hubiera permitido a Sancho venir en su pollino, porque entonces habríamos tenido aquí un lastimero dúo de relinchos y rebuznos.

Celebró el doncel el chiste del criado, y dióle orden, como a los demás, de tornar en seguida, rabiando el rocín a una de las mulas, porque con esta prenda debía acreditar a los ojos de su padre Cide Hamete estar cumplido su delicado y peligroso encargo, según y como se lo había cometido; pero antes hizo que los mozos sellasen aquella boca de la caverna con las piedras más grandes que en torno se toparon, a fin de que quedase más oculto y defendido tan misterioso palacio.

Variando el camino que habían llevado, y caminando más de noche que de día, llegaron a la costa y se hicieron a la vela para el África, donde el árabe Cide Hamete estaba ansioso de su regreso, por lo mucho que le importaba tener en seguro a los principales personajes de su historia. La silla y arneses de Rocinante fueron enviados dentro de una arca forrada en terciopelo y claveteada de oro, a la gran mezquita de Constantinopla; y el espejo de las cabalgaduras, el paciente y flaco rocín, el tiempo que vivió lejos de su patria, que no fue mayor cosa, estuvo en el palacio morisco de Cide Hamete

asistido y regalado como el caballo-cónsul del emperador Calígula; y después de muerto, fue embalsamado y puesto en un mausoleo de pórvido y jaspe, en el cual se grabaron de relieve los principales hechos de su asendereada vida, entre ellos la descomunal embestida a los molinos de viento y la paliza que le dieron los yangüeses, con lo cual acaba el apéndice escrito por el mismo Cide Hamete, y pasamos nosotros a otro capítulo, un tanto fatigados del gran salto de tres siglos, dado hacia atrás en obsequio de la mayor claridad de esta historia.